

LINARGH

Bernardo Ruiz
Facultad de Filosofía y Letras

Si los secretos carecieran de dificultad o de misterio, el hombre no se sobrepondría jamás a su ignorancia. Así, la existencia de Linargh lleva varios siglos en el olvido, mas siempre habrá quien desee penetrar en su silencio.

Atravesé el desierto y la montaña para venir a la caverna. Algunas leyendas mencionan las milagrosas propiedades de las aguas que hay en su interior. Sin embargo, jamás aparece en mis sueños manantial alguno; sólo los esqueletos de hombres desaparecidos hace mucho tiempo.

Siempre oí hablar de Linargh, la cueva de los secretos, pero sólo ahora, veinte años más tarde, he podido llegar hasta ella.

Los antiguos contaban en voz baja la historia de este lugar, situándolo más allá del río cuyas aguas alimentan el mar de hielo y el océano de los amantes. Los etíopes hablaban de su existencia tildando del mismo modo a todos los peregrinos que venían hasta Linargh. No recuerdo el sobrenombre para aquellos viajeros, pero la cueva era casi un sinónimo de la casa de Venshar y Steja.

Un inglés desterrado me relató algunas de las leyendas relativas a este sitio. Refería que tanto Psiquis como Odiseo durmieron aquí en su camino; la una hacia el templo de Venus; el otro, rumbo a las puertas del Hades. Otro héroe, Anlek, lavó en este lugar sus heridas con el agua de la lluvia filtrada hasta la caverna.

Beckforth (así se hacía llamar mi interlocutor) agregó que sólo un esclavo romano, liberto, y seis autores árabes mencionaron después, en sus memorias, la existencia de Linargh. Únicamente en tres leyendas medievales encontró referencias, un tanto veladas, acerca de este sitio.

El mismo Beckforth escribió un breve tratado al respecto. Sin embargo, aunque hubo muchos estudiosos de ciencias ocultas que hallaron en él la llave de algunos misterios, ninguno comprendió el único significado de sus palabras.

Esto no quiere decir que dejara de haber buscadores de maravillas que acudieran a la gruta anhelando descubrir en ella la existencia de algún paraíso prehumano, movidos por la nostalgia de una tierra más perfecta, tal y como fueron Lai Dur, Karam, Shangri La o la Atlántida.



Pero Linargh no pasa de ser una cavidad que penetra primero horizontalmente en la tierra, sufre un pequeño ascenso que desemboca en una cámara de reducidas dimensiones (que podría servir de habitación a un hombre) y termina en lo que es la gruta de la esperanza. Es en este último compartimiento donde jamás ha penetrado la luz, donde el ser que llega a ella pierde todo contacto con su mundo y el de los demás hombres, y donde aquel que se atreve a permanecer lejos del tiempo solar y de las estrellas, conoce la raíz del secreto que lleva consigo (más allá de su memoria, y del principio de su amargura).

El mundo agota la imaginación de un dios en cada una de sus criaturas. De ahí que no me preocupe ser uno de tantos hombres que ha de ver en Linargh más allá de su lento fin y de su comienzo.

Yo mismo he dicho que Linargh podía ser tanto una pirámide de Egipto, como el espacio abierto a las sensaciones de un ciego, o aun, el útero materno.

De joven quise ser aventurero. Aprendí la historia de los pueblos que quería conocer, las costumbres de otras razas para burlarme de las mías y comencé a soñar cada camino. Ignoraba el mar y los crepúsculos, seguro de conocer todos los mares y todos los crepúsculos. Si he dejado todo, es porque he querido gustar el abandono; lo saben bien, tanto Ligor, el despreciado, como Mauro, el mendigo.

Mauro descubrió a mitad de la noche la luz encendida de mi cuarto, tocó a mi ventana, y oí de nuevo en esa voz triste la tristeza del nombre con el que los antiguos entretejían su imaginación y sus recuerdos: Linargh.

Por boca de Mauro supe también de la degeneración de sus hermanos, de la peste que asolaba los poblados circunvecinos, y de la voz que lo golpeaba en sus pesadillas, diariamente, prometiéndole la guía hasta el abismo que separa el macizo montañoso donde está el secreto de la tierra después del fin de los caminos y el desierto.

Me indicó también el nombre de aquellos otros dos ascetas que, sabía él, podrían señalarme la dirección y principio de mi viaje. Mauro desapareció en la noche del mismo modo como había venido; sus primeras palabras fueron como las últimas: "Todavía he de continuar, regálame un poco de vino." No he de verle ya.



Me puse a buscar a Ligor. Me impresionó su pacto con la muerte y su sonrisa sin esperanza. Como Mauro, había renunciado a todo vestigio de vanidad y deseo. Este hombre, pensé, ha agotado la experiencia humana; quizá ha visto innumerables generaciones y conoce a todos los hijos de la tierra. "Tal vez —respondió— pero sigue los caminos señalados por las sombras y no te apartes de los corredores que marcan el simún y la arena en el desierto, así como el sendero que muestra la luna a través de cada intersticio de roca. Nuestros vicios limitan al mundo, pero conozco un sitio donde no hay nombre para lo que verás." Comencé a caminar.

Y anduve solo durante mucho tiempo, sorteando las ciudades y durmiendo en el lecho de las fieras.

Conocí a Beckforth al principio del desierto, hablaba con lentitud, pronunciando muy despacio su tristeza. Se había desterrado harto de los vicios que acabaron con sus fuerzas. Yo, en cambio, dejé atrás mi pasado para buscar un lugar quizá sólo imaginado.

Juntos nos internamos en el desierto. El sabor del polvo nos asediaba en silencio. Sol, hierbas raquíticas, huesos dispersos en la arena, son las únicas imágenes que perduran del desierto en la memoria. En las noches, si no el viento, escuchaba la melancolía de Beckforth pasear callada murmurando su agonía: "extraño solamente los sonidos del mar, el mar, el mar sin nubes".

Beckforth desea morir lejos del recuerdo —pensé un día. Lejos de las imágenes que forman las praderas de su tierra y los océanos. Se perderá en algún espejismo antes que despierte de mis sueños. Así, he vuelto a caminar en soledad. Una mañana divisé por fin la cordillera de Linargh. Al contemplar por última vez el desierto, no sé por qué he recordado a los hombres, la música, la tristeza. Venciendo el cansancio, he llegado en dos jornadas hasta la caverna. Sueño que penetro en ella, mis pies pisan el polvo de todos mis antecesores. En la oscuridad comienzo a escribir la historia de mis sueños. Quizás mi cuerpo descansa en el desierto.

VIENE LA MUERTE

Sin duda, el horror que aprisiona nuestras almas no permite que nos acobardemos ahora que el fuego comienza a arrasarse la ciudad. A pocos pasos de mí, llora mi madre con mis hermanas. La novedad de la derrota, último acontecimiento, precipita a mi ciudad hacia la muerte. Por ello pido fuerzas a los dioses, para que no temblemos en el último de los instantes, cuando crepiten las llamas.

Pese a estar sitiada la ciudad, la vida continuó normalmente. La gente ha paseado, como de costumbre, por los jardines. Los jóvenes reían, yo hubiera querido salir de caza, como siempre, mientras charlaban los ancianos. Tampoco falta quien ignora la situación y planea un día de campo para mañana. Curiosamente, no se ha negado la posibilidad de la última esperanza. Eso alegra mi corazón, ya que no perderemos el honor ni el sentido de responsabilidad que han loado siempre las églogas a través del tiempo.

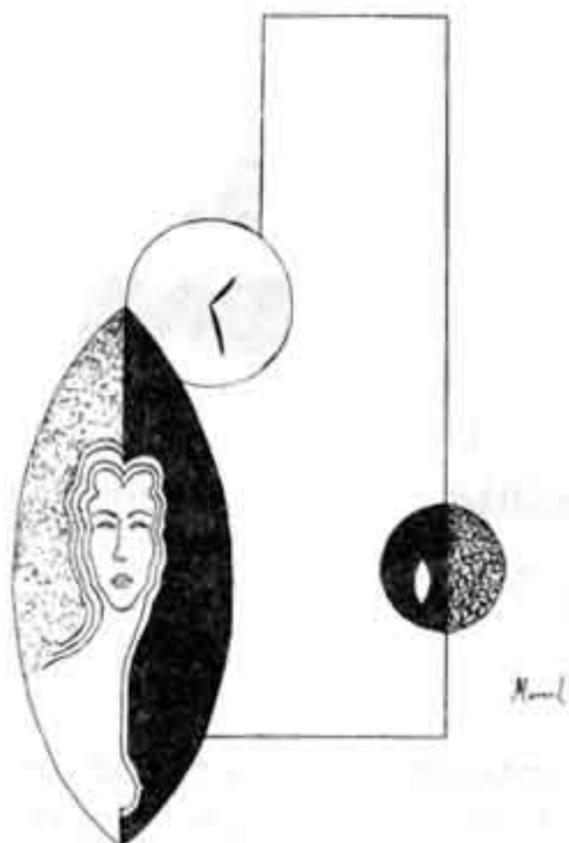
Aunque en Laodicea, en los últimos momentos, las vírgenes se entregaban a los más desenfrenados vicios en el instante previo a la devastación final; nosotros no queremos ni haremos tal cosa. Sabemos que ha sido la guerra, nada más, y hemos perdido.

Ya no importa que mi madre persista en sus lamentos por la muerte de su hijo y de su esposo, quienes con otros sesenta defendieron, heroicamente, las puertas de la ciudad.

Todo debe ser una petición de valor infinito a los dioses.

Es triste saber que no he de regresar al borde de los acueductos, al pie del acantilado, donde tantas veces la amé, ni me he de sentir ya, jamás, como el mar acariciando el atardecer como un ocaso de arena. Después de la invasión, sólo quedarán humo y escombros por las calles. Todo será iluminado con los restos sombríos de gente que murió por su ideal, nada concreto, pero por ello hermoso. Benditos sean los dioses.

Para no entregar la ciudad, hemos acordado imitar a los de Numancia y Siracusa. Después de quemar nuestras casas y matar el último esclavo, cada



jefe de familia se atravesará con su espada tras sacrificar a los suyos. Agrigento jamás podrá decir que nos venció.

Río al ver cómo los niños piden aún juguetes que los padres compran a un mercader que siente ahora todo el dolor de la riqueza.

El halo de incredulidad que rodea cada uno de nuestros actos, sólo deja percibir el encanto de la derrota; es como sonreír tristemente a la amada después de estrujar una flor. Ya al decir esto, pienso en ella que no querrá sino morir con mi espada y en mi mano que temblará sólo un instante.

No vale la pena enfurecerse, los refuerzos avisaron esta tarde que llegarán en tres días. Para entonces no habrá sino necesidad de tumbas.

Sin embargo este día ha sido inolvidable; el paseo entre las columnatas del panteón relucientes con el sol, el olor a incienso entre los cánticos de las sibilas, las murallas iluminadas por el último crepúsculo, el eco de las plegarias de cada hombre que piensa en el destino que le otorgaron, misericordiosos los inmortales. Teócrito explicó unos versos que le dedicó un juglar de Alejandría. Creonte, sonriendo siempre, recitó párrafos enteros de una teogonía desconocida.

Subimos a la torre de la ciudad, donde radican los sabios; me despedí, entonces, de mis antiguos maestros. Todavía reímos al regresar a nuestras casas.

Después, esta vaga e indefinible nostalgia.

Alrededor de la ciudad comienzan a extinguirse las hogueras, adivino el ansia de sus miradas, sus primeros movimientos; intuyo, más allá de las montañas el perfil de la nueva aurora.

Así, la noche sólo ha servido para que lloren los que en unas horas habrán de morir sonrientes, para que los maridos se despidan de sus esposas y para que los sacerdotes quemen todos los archivos de la Sidonia. Asimismo, para que yo, Licámedes de Esmirna, pueda maldecir a toda la raza humana por sus sucias mezquindades. Malditos y alabados sean los dioses.